

## POEMAS INEDITOS Lorenzo García Vega

### APOTEGMAS VISUALES

-¿Qué es lo variopinto? En este momento, no es más que un fílmico ojo tras ojo, cayendo. O acaso un solo ángulo de azul-menta, pero cayendo también, desdoblándose.

-Una compuerta finge esa lluvia que está terminando de caer, en la tarde. Entonces, mezclar, revolver lo narrable: un tendero, con lo esdrújulo, con un incendio pirulí, y hasta con el simple hecho consistente en un, revivido, hombre del siglo XIX que, frente a su escritorio -sobre el cual, por cierto, se encuentra un revólver-, se niega a aceptar lo inevitable.

Pero la tarde alcanza, ahora que acaba de finalizar la lluvia, el punto de una alucinante fineza, paradójicamente invisible y, quizás, como desprendida del Vaso Hermético...

-Esto sí que es poesía visual, pues yo, que antes había utilizado mi espada como si fuera un paraguas, la estoy utilizando ahora, al secarse el mar, como si fuera un bastón. Todo, en fin, me sirve para contabilizar el vuelo negro de unos -infames- cuervos blancos. O, al revés (¿cómo?), lo amarillo se ha quedado grabado en la punta de mis dedos. Pero eso sí, confieso que por lo pronto, todo esto que estoy diciendo es la expresión de un lindo, lindísimo, insumo.

-Todo eso así. ¿Así cómo? Noche que ha llegado como llegan todas las noches, pero entonces, como si nada, aparece -¡pero esto es increíble!- el color del tamarindo. ¿Tamarindo? Pero ¿qué relación puede haber entre lo negro de la noche y el color del tamarindo? Alguien me la ha puesto en China, con sólo hablarme de eso... Es una relación -¿no es así?- que, a cualquiera que se la sugieran, no puede menos que golpearle los dientes.

-Hay un color omitido, pero invisible (pero...¿cómo puede, aunque invisible, permanecer lo que fue -¿desde un principio?- omitido? El

## HPR/111

color omitido estuvo sobre lo que es, ahora, la mancha de la pared de una ruinosa galería de Arte, ubicada en una arenosa calle que no se llama así, pero que alguien, un solitario casi enloquecido, la llamó la Calle 13.

La Calle 13 -¿vale la pena hacerlo notar?-, aunque nunca ha existido, estuvo mencionada en un aviso en broma, y también con color omitido, colocado por un chofer sobre la ventanilla de un colectivo que ya, desde hace años, ha dejado de funcionar.

¡Un color omitido! Eso está rarísimo.

-¿Pero no habrá, en alguna lejana, arenosa calle, una Galería de Arte que sólo, obras con el color omitido, se dedique a exhibir?

-Me llamo logar ocho, y dicen que el Vacío es el origen de las diez mil cosas. No lo niego, así debe ser. Pero para atenerme a mi limitada experiencia, yo sólo puedo decir que el Vacío, para mí, sólo ha sido el origen de una cosa, blancuzca y lamentable, que no he dejado de estarla viendo durante toda mi vida.

¡Toda mi vida! Pero, sobre todo, en mi infancia: pues fue aquel día, al montarme por primera vez en un ascensor -era un ascensor viejo, y con ruido de cadenas oxidadas-, que supe de la existencia de esa cosa blancuzca y lamentable que, hasta el día de hoy, no ha dejado de estarme exigiendo una, como ocultista, explicación.

Uno no sabe cómo son las cosas, aunque yo, repito, por lo menos sí sé que, el Vacío, es el origen de lo blancuzco, con que, un ascensor con endemoniado ruido de cadenas, me marcó para siempre.

-Está preso (pero, ¿no sería más apropiado decir que está vaciado-aunque, ¿vaciado de qué? ¿vaciado cómo?-). Bien, entonces, un preso, o un personaje vaciado, o lo se quiera, pero eso sí, dentro de un enorme palacio que, por lo que parece, no tiene ningún color.

Pero, entonces, me sobreviene la pregunta que no puedo responder: ¿cómo puede ser un lugar, en este caso un enorme palacio, que no tenga ningún color?

Pudiera entonces, ser un palacio para invidentes, pero el texto donde se habla de este lugar con preso, o lugar con personaje vaciado, no dice, ni insinúa, que se pueda tratar de un palacio para invidentes. ¿Entonces? Uno le sigue dando vueltas al asunto. Pero uno, en un momento

## HPR/112

determinado, acaba por temer que, si sigue insistiendo, pudiera acabar teñido con un no-color para invidentes. ¡Esto sí que está raro!

-Desde un lejano tiempo de mi vida ha estado esa escena, insignificante, donde sólo había un plato sobre una mesa desdibujada, en un comedor casi invisible.

Un mediodía, casi lo puedo asegurar, y ya estaba -era en la década del 30-, al partir, un tren que salía a las tres.

A veces siento que un color amarillo pudo narrar todo eso.

¿Y, dónde estaba colocado ese amarillo?

Pero ¿si eso fue lo insignificante, cómo un amarillo lo pudo narrar?

Aunque, pensándolo bien, si es que del Vacío han surgido las diez mil cosas, quizás eso pueda explicar que, fuera como fuera, lo amarillo pudiera narrar -y hasta todavía lo siga narrando- aquella escena, totalmente insignificante, que ya casi se ha perdido.

-A veces me parece que el arquetipo que me alucina, aunque no lo puedo agarrar, está metido dentro de un baúl. Así mismo, dentro de un baúl, el mejor lugar, si se mira bien, para que se conserve en el mejor estado.

(En el Central Australia, un Hotel blanco, de dos pisos, pero que no se llegó a finalizar su construcción, bien puede ser -así a veces me parece- el arquetipo mío que está metido dentro de un baúl).

Pero... Hay que plantearse cuestiones. ¿Es que un arquetipo, o un Hotel -aunque nunca, repito, ese Hotel llegó a existir-, puede estar dentro de un baúl? ¿En realidad, mi arquetipo es sólo un centro, un-centro-blanco-Hotel-en-ruinas, que nunca se acabó de construir? Aquí vienen los enredos, las confusiones.

-Lo decapitan en lo amarillo (¿qué quiere decir esto?), según nos dice el Lector que sucede en el último capítulo de la autobiografía. Pero el Lector, acostumbrado a comenzar a leer una autobiografía por el último capítulo, en este caso nos dice quedarse detenido totalmente; imposibilitado, con esa decapitación amarilla, de poder acudir a las páginas anteriores al último capítulo y, por lo tanto, de poder leerse la autobiografía.

## HPR/113

Habr , por lo pronto, que tratar de entender esa extra a detención en que nos dice el Lector haber quedado.

Veamos...

En ese último capítulo, también nos dice el Lector que habl  el autobiografiado de su cambio de vida, a partir del momento en que empezó a usar corbatas amarillas, pero como ese cambio se habrá relatado, detalladamente, en esos capítulos anteriores que, según el Lector, él no ha leído ni leer , lo que pudo suceder con lo amarillo, para llegar a transformar, de esa manera, la vida del autobiografiado, es lo que no podremos saber nunca.

Pero,  c mo puede, un autobiografiado, contar su decapitación?  Y, sobre todo, cómo puede el Lector quedar paralizado, hasta el punto de sólo poder leerse el último capítulo de la autobiografía?

Todos son interrogantes.

En la última línea del último capítulo de la autobiografía, el Lector nos dice sobre la posible relación entre lo amarillo de las corbatas y el temor a la locura, pero como el libro termina ahí, y nada podemos saber sobre el por qué el Lector no ha podido leer lo anterior al último capítulo, llegamos a un punto en que dudamos si ha existido, de verdad, una autobiografía, razón por la cual, también, podemos sospechar que, quizás, la posible locura sólo exista en este Lector de ningún libro quien, a lo mejor, solo resulta ser un sujeto, alucinado, a quien lo amarillo -como a veces parece que sucede con ese color-, sin que se sepa cómo, se lo ha llegado a tragar completamente.

-Para intentar un relato plástico, sólo tres líneas bastan para hacer aparecer a un dormido.

Habr  un farolito encendido -ceniza y apagado rojo eran los colores- en el portal, durante las noches en que la botica de mi padre, en Jagüey Grande, estaba de turno.

Bastan, repito, sólo tres líneas.

Y esta noche me centro -estoy seguro que algunos puntos, o manchas de tinta, caerán sobre la página-, en el deseo de colocar, sobre las tres líneas que bastan para inventar al dormido, aquel pequeño farol con ceniza y apagado rojo.

 Qu  alucinante superposición!